



El imaginario de la prostitución en Chile: literatura y figuras arquetípicas, 1902-1940

Ana Gálvez Comandini*

Resumen

La temática de la prostitución fue sumamente recurrente en el discurso político y legislativo de la primera mitad del siglo XX en Chile, principalmente por la explosión demográfica del fenómeno en las ciudades y por el avance incontenible de la sífilis. El mundo literario tampoco se quedó al margen de esta nueva discusión, e hizo un importante aporte por visibilizar, por primera vez en la literatura nacional, las prácticas sociales que se ocultaban detrás de las cifras y la sífilis, todo aquello que no se decía sobre la prostitución la literatura lo pone sobre la mesa, evidenciando la dicotomía entre las prácticas sociales y el discurso legal amparado en las teorías médico higienistas. Una forma de análisis posible de este escenario es el de los imaginarios sociales, reconocer como estos van emergiendo y posicionándose del discurso literario nos permitirá comprender mejor aquellas prácticas sociales tan arraigadas en la sociedad chilena.

Palabras claves:

Novela social – Arquetipo – Representaciones – Imaginario – Prostitución

* Magíster en Historia de la Universidad de Chile. Profesora y Coordinadora de Investigación de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Contacto: ana.galvez@umce.cl

Cuadernos de
Historia Cultural

*Revista de Estudios de
Historia de la Cultura,
Mentalidades, Económica
y Social*

N° 2, ISSN 0719-1030,
Viña del Mar, 2013

El imaginario de la prostitución en Chile: Literatura y figuras arquetípicas. 1902-1940

Ana Carolina Gálvez Comandini

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación

“La historia de la humanidad es la historia del imaginario humano y de sus obras”¹

El discurso oficial sobre la prostitución durante la primera mitad del siglo XX y las diferentes estrategias legales y sanitarias de sujeción del fenómeno y principalmente de los cuerpos de las prostitutas, ponen en evidencia que existió una lucha por el control del ordenamiento social, lucha que se dio en el campo médico-legislativo, donde la visión médica y del derecho con respecto a la prostitución tratarán de imponerse por medio de una dominación simbólica, a las prácticas sociales vinculadas al burdel, tan arraigadas, por lo demás, en la sociedad chilena.

Paralelo a la preocupación del mundo médico higienista respecto del fenómeno prostibulario, existían otros círculos sociales y culturales donde la prostitución también se transformó en un tema central, no en la misma condición que para la ciencia eugenésica, si no en cuanto a lo que las prácticas sociales de la prostitución representaban en la sociedad chilena. Los médicos y la policía señalaban en sus escritos y documentos, que era imposible erradicar una práctica social tan arraigada en la colectividad por medio de leyes y normas, y los literatos lo confirmaron, representando en sus novelas cuál era el lugar que ocupaba el prostíbulo en el imaginario y la importancia que éste tenía en la sociedad chilena de comienzos del siglo XX.

La contribución de los escritores se centró, principalmente, en visibilizar por medio de la literatura prácticas sociales que habían sido relegadas a las sombras. Es por ello que cuando en 1902 el escritor Augusto D’Halmar publica la novela *Juana Lucero* se produce un gran

¹ Cornelius Castoriadis, *Figuras de lo pensable (las encrucijadas del laberinto IV)*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002, p. 92.

escándalo social, ya que ésta fue la primera novela nacional que trató abiertamente el tema de la prostitución. La novela da a conocer la vida de *Juana*, imagen arquetípica de la joven que llega a la Capital como sirvienta de una familia acomodada y que termina siendo prostituida en un burdel de la gran metrópoli.

Lo siguieron en esta misma línea el escritor y periodista Joaquín Edwards Bello que en 1918 publica la novela *La Cuna de Esmeraldo* y en 1920 *El Roto*, ambas tratan sobre los vicios de la elite, el bajo pueblo y la prostitución. Joaquín Edwards Bello, además, escribió más de doce mil crónicas enjuiciando y denunciando los vicios e hipocresía nacional. De cerca y continuando con la temática, está José Santos González Vera que en 1923 publica *Vidas Mínimas*; Manuel Rojas con *El Delincuente* en 1925, e *Hijo de Ladrón* en 1951; Alberto Romero en 1930 con *La Viuda del Conventillo*; Nicomedes Guzmán con toda su saga de novelas “marginales” publicadas entre 1939 y 1951, y cerrando este ciclo se manifiesta Oscar Castro que en la década del 40 escribe *La Vida Simplemente*, la que no es publicada sino hasta 1951.

Los novelistas emplearon el lenguaje como dispositivo de enfrentamiento con la realidad, y fueron ganando relevancia en la medida que su discurso contribuyó a que ese imaginario se trasladara desde un *imaginario periférico* o marginal hacia un *imaginario central*, logrando así permear las instituciones del Estado que regulaban y controlaban la prostitución, afectándolas en su discurso y en sus prácticas, y consiguiendo de esta manera transitar hacia un imaginario social de avenencia, el que asumirá la representación de la prostitución como una consecuencia indeseada del capitalismo y no como parte del vicio intrínseco de las mujeres del bajo pueblo o proletariado, convirtiéndose así en un nuevo proletariado urbano institucionalmente reconocido en el censo de 1940.

Es así como la literatura de vanguardia, apegada a los nuevos movimientos sociales y políticos, homenajeará a la prostitución por medio de su narrativa y la calificará como una consecuencia del sistema económico y social inicuo que prevalece en Chile producto de los gobiernos oligárquicos. En sus obras, la prostitución vendrá a representar una forma más de sometimiento de los sectores populares a los designios del capitalismo.

La pesquisa de estas representaciones sociales de la prostitución, la hemos realizado por medio de la identificación de arquetipos en las novelas, los que representados en personajes, espacios y prácticas sociales, darán cuenta de la forma de ver, entender y relacionarse con el mundo, no sólo de los literatos, sino también de la sociedad en su conjunto. La teoría de Jung es particularmente útil en este punto, ya que nos permitirá reconocer por medio de patrones o

modelos de representación repetitivos (arquetipos), la forma en que la prostitución es percibida e internalizada en el inconsciente colectivo de la sociedad. Este inconsciente colectivo será parte subyacente o sustrato fundamental de los imaginarios sociales de la prostitución, actuando como marco necesario para entender por medio del lenguaje literario, cómo la sociedad se relacionará, comprenderá e interpretará el mundo que la rodea, no desde lo positivo, sino, desde lo imaginario.

Ricardo Latchman en su crónica póstuma de *Varia lección* dirá,

Llevar una mujer pública hasta una obra novelesca significaba una revolución en las costumbres literarias. Ese tema había permanecido tabú para los pulcros escritores románticos y apenas había merecido alusiones veladas del realismo temperado de Blest Gana².

1. Literatura, figuras arquetípicas y prácticas sociales

En la literatura romántica del siglo XIX, la imagen femenina fue representativa de la imagen de nación, entendiendo a ésta como una gran familia unificada, cuyo principal eje de unión era la mujer-madre. Esta imagen de mujer, será producto de la representación del arquetipo jungiano de *la madre*. *La madre* concentra la unión y la fertilidad, y en su seno se cobijarían las nuevas repúblicas que intentaban alejarse del retraso y opresión colonial impuesto por la Corona española. Las representaciones de la nación como una madre a la que se le debía la vida y, que también, podía demandar la muerte de sus ciudadanos, fue incorporada en los versos, poemas, odas y cánticos que se le dedicaban a la *madre patria*.

Ciertamente, las mujeres y personajes de las novelas estudiadas, vendrán a romper esa representación arquetípica de la trilogía entre madre, familia y nación unificada, que fue forjada al alero de los movimientos independentistas y republicanos. Como veremos más adelante, la prostituta y todo lo que la rodea, serán la antítesis de la fertilidad, la organización y homogeneidad. La Liga Chilena de Higiene Social, en 1926, ya señalaba claramente que el futuro de la nación descansaba en sus madres, a las que había que proteger de todos los males sociales,

² Ricardo Latchman, *Antología de varia lección*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1965, p. 252.

La esperanza de Chile son sus madres y guaguas de hoy. Defendámosle, luchando contra el vicio comercializado que es el mayor foco de contagio de los males sociales, el centro de tráfico de mujeres y niños y el propagador más activo del alcohol³.

Tomando como base la idea de Benedict Anderson sobre las *comunidades imaginadas*⁴, estas novelas romperán con el imaginario de homogeneidad y unión instalado por los nuevos gobiernos republicanos, demostrando que la nacionalidad, o la *calidad de nación* al igual que el nacionalismo, eran artefactos culturales ideados por una clase particular en su propio beneficio. Estas nuevas comunidades políticas imaginadas están muy lejos del supuesto de comunión, unión y hermandad que la elite con sus meta-relatos intentaba fraguar. La idea de una gran nación homogénea, racial y socialmente, es derribada por estos relatos literarios, donde las comunidades imaginadas por los novelistas tienen que ver más bien, con la escisión de la sociedad en dos componentes cardinales: por un lado la elite, o aquellos que detentan el poder político y económico y, por otro, la gente del pueblo, *los rotos*, los sometidos.

En las novelas seleccionadas, la elite se constituirá como una comunidad invisible, se sabe que existe, pero no se deja ver, es tan lejana y distante que no se la representa directamente, y cuando se muestra, es sólo para evidenciar su propia brutalidad e indolencia, por medio del disciplinamiento hacia los sectores populares. La plebe no tiene acceso a ver y conocer el mundo de la elite, pero esta última, en perfecta armonía con el panóptico de Bentham⁵, tiene acceso, conocimiento y visión de todo lo que ocurre a su alrededor, y eso, por supuesto, le da el poder que despliega frente a los otros/as.

Por su parte, los espacios comunes de los sectores populares, serán representados como la gran cloaca de la elite y la modernidad. Los barrios del proletariado serán depositarios de todo lo que la modernidad desecha, todo lo que significa retroceso es arrojado a este mundo, cercano y periférico a la vez: pobreza, delincuencia, suciedad, enfermedad, depravación, analfabetismo, alcoholismo, prostitución, etc., representarán la otra mitad de estas comunidades imaginadas. Pero, si los sectores populares son representados como decadentes, también la elite lo es. Ésta no escapa de la crítica social implícita hacia ella en los textos literarios, ni siquiera por estar representada como imagen lejana, ya que a pesar de su

³ Liga Chilena de Higiene Social. *Memoria de la Liga Chilena de Higiene Social sobre el problema de la Esclavitud Blanca en relación con el título IV del Nuevo Código Sanitario de Chile*, Ediciones Liga Chilena de Higiene Social, Santiago de Chile, Bandera 166, 2º serie, Volante 9 – 1 edición. Enero de 1926, Pie de Portada.

⁴ Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993.

⁵ Jeremy Bentham, *El Panóptico*, Editorial Quadrata, Buenos Aires, 2013.

distancia de la marginalidad, no es representativa ni del progreso ni de las virtudes humanas. Su comunidad también es figurada como un mundo crudo e inhumano, donde el dinero, las apariencias y el engaño, son la base de un sistema social perverso y corrupto. La principal característica que une a estas dos comunidades, está relacionada con el descrédito social, moral y psicológico que personifican. Cada una en su espacio, estará vinculada al vicio, a lo ilegal, a la perversión y a la depravación; sólo que unos serán entendidos o representados como las víctimas y los otros como los victimarios.

El mundo literario que nos interesa, tiene como centro o punto de unión temática, el cuerpo de las mujeres públicas, ya sean prostitutas o cualquiera que deba trabajar fuera del seno familiar para ganarse la vida,

En el centro de la fraternidad naturalista estaría, según Baguley, el cuerpo de mujeres públicas (Nana, Germinie Lacerteaux, la ramera Elisa) que, como reencarnaciones decimonónicas de Eva o Circe, podían generar la perdición moral del sujeto masculino burgués, alejándolo del imperio doméstico del hogar⁶.

Los contextos y situaciones que envuelven al mundo de la prostitución en las novelas, como el imaginario de la madre patria, la escisión de las comunidades imaginadas, la representación imaginaria de la mujer caída y del panóptico, entre otros, serán el escenario perfecto para que surjan en ellas figuras arquetípicas, las que responderán a lo que Carl Jung denominó arquetipos o imágenes primordiales⁷. Los arquetipos, son formas típicas de conductas colectivas e imaginarias por definición, ya que son parte del *inconsciente colectivo*⁸, pero cuando llegan a ser conscientes, se manifiestan como representaciones culturales dotadas de objetividad, con propósitos e intencionalidad, reuniendo experiencias primordiales de la humanidad que permitirán interpretar las prácticas humanas, casi en cualquier cultura, de una determinada manera, sin la necesidad de haberlo aprendido teórica o explícitamente,

⁶ Ana Peluffo, "Las trampas del naturalismo en *Blanca Sok*: prostitutas y costureras en el paisaje urbano de Mercedes Cabello de Carbonera", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima, N° 55, 2002, p.45.

⁷ Carl Jung, *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1970.

⁸ Jung denomina inconsciente colectivo a todo aquello que habita en la psiquis humana, con carácter arcaico o mitológico, y de naturaleza suprapersonal, es decir, de carácter universal. Toma como idea base para esta reflexión, el hecho que existen contenidos y modos de comportamiento que son los mismos en todas partes y en todos los individuos. Los contenidos *conciencializables* de lo inconsciente colectivo son los arquetipos. Este concepto de inconsciente colectivo, tiene como base el concepto de "superyó" empleado por Freud.

Los arquetipos no se difunden meramente por la tradición, el lenguaje o la migración, sino que pueden volver a surgir espontáneamente en toda época y lugar sin ser influidos por ninguna transmisión exterior⁹.

Estos productos o representaciones culturales, variarán de una sociedad a otra, inclusive de un grupo social a otro, por lo tanto, los arquetipos no serían imágenes estáticas, detenidas en el tiempo y el espacio, permitiendo que cada cultura, grupo, etnia o generación haga una representación distinta de ellos, aunque la experiencia primaria que se intenta explicar e interpretar por este medio, sea siempre la misma. En este sentido, Jung es categórico en señalar que

El arquetipo es un elemento formal, en sí vacío, que no es sino una *facultas praeformandi*, una posibilidad dada a priori de la forma de representación... No se heredan las representaciones, sino las formas...¹⁰.

Si cada sociedad es capaz de entregar un significado a estas imágenes primordiales, Jung nos vuelve a plantear una duda, cuya respuesta nos ayudará a clarificar más aún el contenido imaginario de estos arquetipos,

¿Cómo otorgamos significado? ¿De dónde lo tomamos en última instancia? Nuestras formas de otorgar significado son categorías históricas que se pierden en una oscura antigüedad, hecho este que habitualmente no se advierte como es debido. Las interpretaciones utilizan ciertas matrices lingüísticas, que también provienen de imágenes arcaicas¹¹.

En este sentido, las figuras arquetípicas encontradas en las novelas tienen que ver principalmente con cuatro imágenes, las más representativas de este tipo de literatura: *el prostíbulo, la prostituta, la regenta y el cliente*. Serán estos actores sociales los que concentren la mayor atención del escritor, el que pondrá énfasis es destacar los rasgos prosopográficos (rasgos físicos, externos) y los rasgos etopéyicos (rasgos espirituales, psicológicos, de carácter). La suma de ambos, dará lugar a un relato literario, cuya interpretación provendrá de las categorías históricas que encarnan y de las matrices lingüísticas que usen los escritores para

⁹ Carl Jung, *Arquetipos e inconsciente colectivo*, p. 73.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 74.

¹¹ *Ibíd.*, p. 39.

interpretarlas, otorgándonos una descripción imaginaria de lo que estos fenómenos representaban en la sociedad de la época y del arquetipo que los sustentaba. En este artículo analizaremos en profundidad el prostíbulo y la prostituta.

El método para identificar cómo se manifiestan las imágenes arquetípicas, será el de la “amplificación”¹², es decir, conectar la imagen arquetípica al mayor número posible de representaciones asociadas, identificando en las novelas cómo ciertos personajes simbolizan el arquetipo. En palabras de Jung, es “...comparar hechos psicológicos individuales con fenómenos colectivos evidentemente afines a ellos.”¹³

2. El prostíbulo o casa colectiva. Los espacios arquetípicos

El emplazamiento de los prostíbulos en barrios empobrecidos y marginales, próximos al centro político y administrativo de la ciudad, tendrá gran influencia sobre la imagen que proyectan estos barrios sobre sus inmuebles y habitantes. Territorialmente estamos frente a una relación espacial dicotómica que podríamos sintetizar en la frase, *tan lejos - tan cerca*, donde se observa claramente cómo el grupo de la elite ha impulsado el crecimiento y progreso económico de la ciudad, centralizando los beneficios de la modernidad en su grupo y territorialidad específica, haciendo a un lado las demandas y necesidades sociales, tan patentes en los sectores cercanos a La Moneda, cerro Santa Lucía, Quinta Normal, Parque Cousiño o Estación Central de Ferrocarriles. A la sombra de estos íconos de poder y modernidad, surgirán barrios sórdidos, habitados por aquellos *otros/as* olvidados por el progreso y la ilustración.

Álvaro Góngora, ha estudiado profundamente este fenómeno espacial, principalmente vinculado a la ubicación de los burdeles en la ciudad de Santiago. De acuerdo al periodo de nuestro estudio, nos interesa principalmente la época que se inicia con la expropiación de terrenos en 1901 para la construcción del Parque Forestal. Esto significó la erradicación de burdeles de toda la zona de Mapocho y Esmeralda, y su traslado a las calles que se ubican al sur de la Alameda, principalmente, según señala Góngora,

¹² *Ibíd.*, p. 149.

¹³ *Ibíd.*, p. 174.

... desde Eleuterio Ramírez, o si se quiere de Tarapacá al sur, entre Castro y San Isidro, y hasta aproximadamente Diez de Julio, se situaba un alto número [de prostíbulos]. Llegaría a ser, tal vez, el área de Santiago más poblada de ellos. Extendiéndose por la misma franja, pero traspasado Diez de Julio, hasta Franklin, era posible distinguir diseminadamente un buen número de prostíbulos, a veces agrupados de a tres, o cuatro, o más... En dirección oriente, más allá de Carmen, se situaban – muy notablemente a lo largo de Camilo Henríquez, entre Jofré y Diez de Julio, y arterias aledañas – casi una treintena de casas de tolerancia... Un tercer sector, muy bien delimitado en este periodo, tenía como eje principal la calle San Pablo, entre Baquedano y Libertad; y un cuarto, más difuso, se situaba la poniente de la ciudad, en torno a la Estación Central¹⁴.

Estos espacios urbanos compartirán la característica de la marginalidad, de ser la antítesis de la modernidad, generando una paradoja en el tan anhelado proyecto de progreso nacional. Esta paradoja no es indiferente a los autores de las novelas, los que representan claramente la miseria a la que están sometidos los sectores populares, siendo sus condiciones de vida, muy lejanas a las que se manifiestan en el centro político y económico del poder, forjando de esta forma existencias absolutamente paupérrimas, que mantenían a la población de los suburbios subyugada a la miseria y la explotación. Alberto Romero, lo narra en la siguiente cita,

Entre usinas y tugurios, las casas chatas asilaban un mundo extraño y pintoresco de obreros y prostitutas; de delincuentes de ínfima categoría y empleaditos de comercio; de jubilados y achacosos a los que el encarecimiento de la vida iba relegando al suburbio, donde la niña venida a menos ponía una nota de distinción triste cuando al caer la tarde se exhibía en el marco de la ventana penumbrosa con su cara maquillada y lamentable¹⁵.

Por su parte, Edwards Bello, ácido crítico de la sociedad de su época, tampoco se queda atrás, y también realiza su reflexión con respecto a estos barrios marginales, de hecho, la novela *El Roto*, inicia su relato describiendo el barrio donde se ubica el prostíbulo *La Gloria*,

Detrás de la Estación Central de Ferrocarriles, llamada Alameda, por estar a la entrada de esta avenida espaciosa que es orgullo de los santiaguinos, ha surgido un barrio sórdido, sin apoyo municipal. Sus calles se ven polvorientas en verano, cenagosas en invierno, cubiertas de harapos, desperdicios de

¹⁴ Álvaro Góngora, *La prostitución en Santiago, 1813-1931: La visión de las élites*, Editorial Universitaria, Santiago, 1999, p. 53.

¹⁵ Alberto Romero, *La mala estrella de Perucho González*, Editorial LOM, Santiago, 1997, p. 22.

comida, chancletas y ratas podridas. Mujeres de vida airada rondan por las esquinas al caer la tarde; temerosas, embozadas en sus mantos de color indeciso, evitando el encuentro con policías...¹⁶.

La decadencia material de estos barrios, su suciedad, ruina, podredumbre y calamidad, simbolizará aspectos inmateriales de la vida marginal, como la perversión, la enfermedad y la muerte que ronda en cada esquina a sus habitantes. Se podría decir que estamos cara a cara con el infierno en la tierra, lugar de castigo o estado de sufrimiento permanente para las voluntades pervertidas que no merecen estar en el cielo, aquí las almas de los pecadores no descansan jamás. El arquetipo del averno católico occidental, es representado impecablemente por los escritores de las novelas en la descripción e imagen de los barrios prostibularios, todos los excesos sociales, plagas, pestes y vicios se concentran en este lugar, “Es el lugar de los deshechos, que será depositario de las pasiones más bajas y que permite la asociación con la “suciedad” vinculada al sexo y, en particular, a la prostitución”¹⁷.

Esta relación dicotómica y arquetípica entre centro y periferia, es parte de la construcción del imaginario urbano de la prostitución. Los habitantes de estos barrios se confunden con las inmundicias de sus calles, de manera que ellos mismos encarnan, cual ángeles caídos, los desperdicios de la civilización y la modernidad. La ciudad moderna los desecha, los empuja fuera de sus límites, su acceso a la modernidad es absolutamente limitado, vigilado y repudiado. El centro no es su mundo, y ellos lo saben,

... yo, en verdad, conocía muy poco mi pueblo por el centro. Hasta entonces sólo sabía moverme con soltura en el barrio dominado por el prostíbulo. Allá, entre gentes bien vestidas que hablaban con corrección, me sentí un tanto perdido y pasaba por entre el tumulto con rapidez escurridiza, como un perro que teme un puntapié¹⁸.

La prostitución del arrabal, también se empaparará de esta forma de vida marginal. Todo en ella es grotesco y vulgar, tal como las calles que la cobijan. Los prostíbulos son tristes escenarios de diversión popular, subsumidos, al igual que sus habitantes, en una especie de

¹⁶ Joaquín Edwards Bello, *El Roto*, Editorial Universitaria, Santiago, 1995, p. 2.

¹⁷ María de los Ángeles González, “Amor, erotismo y prostitución en dos novelas uruguayas (*Sombras sobre la tierra* de Francisco Espínola y *Eva Burgos* de Enrique Amorim)”, *Fragmentos: revista de língua e literatura estrangeiras*, Florianópolis, N° 19, 2000, p. 78.

¹⁸ Oscar Castro, *La vida simplemente*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 2009, pp.103-104.

letargo ancestral que no es tocado por el progreso, un negocio que conservará marcados rasgos de tradición, combinados con algunos atisbos de modernidad.

Los burdeles se emplazaban en antiguos caserones de adobe, en medio de vecindarios residenciales, con una apariencia externa, de acuerdo con nuestros novelistas, que siempre llamaba la atención por sobre el resto de las casas, por tener algún color distintivo o, algún tipo de luz, farol luminoso que indicaba que la casa estaba abierta a la clientela,

Entre las casas, hay una pintarrajeada de amarillo y café, con un farol de lata y vidrios azules colgando a su puerta.¹⁹

Se entraba al prostíbulo por una mampara iluminada en las noches con un pesado farol que recordaba la colonia²⁰.

Es curioso descubrir la similitud del relato de descripción del prostíbulo que hace Oscar Castro y Joaquín Edwards Bello, principalmente porque entre una y otra novela existe alrededor de 30 años de diferencia. Sin embargo, esto viene a confirmar que el imaginario de la prostitución subyace en la contemporaneidad de ambos escritores, y que si bien Edwards escribió primero, Castro, 30 años después no se quedó atrás, relatando desde los recuerdos de infancia la vida en estos sitios de infamia y dolor.

En los relatos literarios, la representación del prostíbulo, en cuanto a espacio físico, tiene que ver siempre con la simulación de algo que no es. La ilusión y el espejismo son parte de lo que el prostíbulo vende a la clientela, ya que, además de alcohol y mujeres, también ofrece la invención de un espacio con reminiscencias de lujo y glamour, como casa grande de la élite, pero siempre venida a menos. Los autores de nuestro estudio los describen de la siguiente manera,

“Hacia dentro sigue un pasadizo que desemboca en una basta sala. El piso está cubierto por una alfombra llena de roturas. Hay un piano veteado de manchas, con un candelabro de menos y unas teclas ahumadas y fúnebres. En las paredes pintadas con carburo cuelgan viejas litografías que representan escenas de amor. La luz es sucia, grasosa y cae como una desgracia sobre las sillas de tapiz raído y chillón, arrancando aquí y allá una hebra de brillo mortecino”²¹.

En *El Roto*, el salón del lupanar es descrito de la siguiente manera por Edwards,

¹⁹ Oscar Castro, *La vida simplemente*, p. 16.

²⁰ Joaquín Edwards Bello, *El Roto*, p. 11.

²¹ Oscar Castro, *La vida simplemente*, p. 16.

El salón era lo más hermoso de la casa: ancho, grande, alfombrado de rojo y empapelado de verde, con gran espejo, piano y sillas poltronas tapizadas del mismo color de la alfombra. En el tetero principal, una oleografía llamativa de la familia real italiana, y en los laterales estampas en colores y de grandes dimensiones representaban escenas polares: una caza de osos blancos en el Mar del Norte, y un barco de pescadores surcando un mar plagado de témpanos, bajo los rayos rojizos del sol de media noche²².

Alfombras, pianos, candelabros, espejos y cuadros, símbolos culturales de grandeza y esplendor, evocaban espacios de goce de otros tiempos y otros lugares, lejos del arrabal, como si la casa estuviese emplazada en otra parte, siendo siempre delatada por la ruina de los objetos, clara señal de la ilusión que intentaba proyectar. Las niñas, entes de transacción comercial, vendrán a complementar estos espacios con una bizzarria fatal, aportando cada una con su decadencia personal a la decoración del lugar,

“Empleados y obreros sin hogar constituido, después de pesada o monótona jornada, buscan ahí [en la casa de prostitución] el reposo y la alegría que dan, por un tiempo, ilusión de felicidad”²³.

El escenario del prostíbulo representado en las novelas, nos acerca a la imagen arquetípica de pérdida de la pureza y la inocencia, lo que los autores reflejan como la pérdida de los valores campesinos en la ciudad, debido a lo efímero e impersonal de las relaciones humanas por la constante rotación de habitantes en conventillos y cites, el hacinamiento, los vicios, la pobreza, en definitiva, por la marginalidad en sí misma, que carenció todos los aspectos de la vida material y espiritual de los sectores populares. En 1920, Joaquín Edwards Bello lo hacía presente por medio de la historia de *María*, sirvienta del prostíbulo en *El Roto*,

Lo que produce el campo se lo traga la ciudad en forma descorazonante, sin recibir recompensa el brazo que suda o la tierra que da ciento por uno. Así la familia de María, establecida en Aconcagua el año 65, dedicada de generación en generación al trabajo de la tierra en beneficio de sus amos, después de tanto esfuerzo, entregaba por pobreza e ignorancia esa hija a las cloacas de la capital²⁴.

En 1941, Carabineros de Chile sigue dando cuenta de esta situación,

²² Joaquín Edwards Bello, *El Roto*, p. 12.

²³ Luis Prunés, *La Prostitución. Evolución de su concepto hasta nuestros días. El Neo Abolicionismo frente al nuevo Código Sanitario de Chile*, Publicación de la Liga Chilena de Higiene Social, Imprenta Universo, Santiago de Chile, 1926, p. 80.

²⁴ Joaquín Edwards Bello, *El Roto*, p. 51.

Entre las prostitutas que existen en Santiago, puede encontrarse una enorme proporción de muchachas venidas desde el campo o de los pequeños pueblos de provincias, atraídas por las excitaciones de la vida de la ciudad, muchas de las cuales (más del 40%), llegaron como sirvientas domésticas²⁵.

Como vemos, muchas de las mujeres campesinas que llegaban a trabajar a la ciudad, eran potenciales prostitutas debido a la condición de vulnerabilidad en que quedaban frente a la relación laboral y de semi-esclavitud con el patrón de la casa donde llegaban a servir. Es por ello que los vicios de los hogares de la sociedad chilena, en los que se encubren o velan conductas sexuales repudiables, serán reproducidos en el burdel. En el caso de *Juana Lucero*, detrás de la imagen de familia respetable, la familia de los *Caracuel* esconde una gran miseria espiritual y valórica, que se constituye en prácticas sociales que serían repudiadas por la comunidad, por lo que se ocultan bajo un velo de hipocresía y religiosidad que no es tal; es así como el dueño de casa viola a la joven sirvienta, *Juana*, la que resulta embarazada y es expulsada del hogar por representar una amenaza a la imagen de la familia, por su impureza y falta de castidad, además de conocer la gran verdad de los *Caracuel*. El prostíbulo literario representará la verdad que se ocultaba tras los muros del hogar burgués católico, actuando como imagen aglutinadora de otros escenarios sociales, como espejo que refleja lo que no se quiere ver, todo aquello que se aleja de las normas, del orden social y de la decencia. En palabras de Rodrigo Canovas,

De las casas hispanoamericanas reinventadas por nuestra literatura, acaso la reinención más singular sea la del prostíbulo. Los grandes autores del siglo XX han escogido este espacio para reflexionar sobre la marginalidad y en especial, sobre los órdenes culturales que la sustentan²⁶.

El mundo prostibulario, al que es expulsada *Juana* y tantas otras más, es un espacio transgresor por definición, siendo la antítesis de la felicidad humana. El prostíbulo se presenta como una trampa para los que habitan en él y para los que lo visitan, porque vende ilusiones de una noche, recreando espacios de fiesta, lujuria y felicidad, en los que se ocultan la miseria, el vicio, la explotación y la muerte. Esta trampa, no es tendida por las prostitutas, ni por la regenta, sino que se edifica a partir de las falencias del modelo modernizador ilustrado y de su

²⁵ Humberto Reyes, *La Prostitución. Contribución a su estudio relacionado con el servicio de Carabineros*, Instituto Superior de Carabineros, Cátedra de Ciencia Policial. Imprenta Carabineros de Chile, Santiago, 1941, p. 102.

²⁶ Rodrigo Canovas, *Sexualidad y cultura en la novela hispanoamericana. La alegoría del prostíbulo*, Editorial LOM, Santiago, 2003, p. 5.

paso o tránsito hacia la modernidad, constituyéndose en un “contra-relato de la imagen de la fundación moral sólida de nuestras naciones”²⁷ y en palabras de Ramón Staforelli en “una verdadera escuela de prácticas anormales”²⁸. Tradicional o moderna, la ciudad industrializada, con su crecimiento biológico y económico siguió albergando las contradicciones de la modernidad, conservando rasgos de la tradición colonial en la explotación y servidumbre de las masas mestizas.

Escenario de ritos, en el prostíbulo existían una serie de acciones que operaban de antesala al acto sexual. El burdel no se visitaba solamente para tener sexo, también se asistía a bailar, beber, conversar, y por último al coito. El placer y el erotismo no se concentraban, por tanto, sólo en el sexo explícito, sino que también estarán presentes en una ritualidad previa vinculada al acto de conquista,

Esas mujeres sin miedo ni delicadeza, hechas a todas las salvajadas, en roce con los más bestiales individuos, tenían la coquetería de la pasividad; fingían timidez para mostrar algo femenino. Incapaces de moverse y de hablar, sin ánimos para matar una mosca, fruncidas y rígidas, esperaban que fuesen a convidarlas para bailar, lo que hacían con la vista baja, el paso tímido y la cara compungida, llenas de remilgos y melindres. Era preciso un largo flirt para congraciarse con cualquiera de ellas²⁹.

Como se puede apreciar, existe un preámbulo conformado por un conjunto de prácticas precedentes al acto amatorio que mantienen un soplo de la antigua, ya lejana, chingana colonial. Éstas, se ubicaban en el siglo XIX en el sector de la Chimba, pero muchas de ellas fueron trasladadas a la parte sur de la ciudad, al otro lado de la Alameda, entre las calles San Isidro y Arturo Prat, en el sector más cercano a Avenida Matta, o también llamado “Camino de Cintura” por el intendente Benjamín Vicuña Mackenna, para alejarlas lo más posible de la ciudad ilustrada, y poder controlar así su funcionamiento. Es por ello que muchos de los prostíbulos urbanos conservaban esas reminiscencias de la fonda o ramada colonial, siendo éstos, anclajes de prácticas sociales que los acercaban a la vida campesina.

La cueca era el ritmo más tocado en los burdeles, el más pedido y el más bailado, nadie en los lupanares se podía resistir al embrujo de sus acordes, cual alegoría sexual, era el

²⁷ Roberto Hozven, “Relaciones equívocas: el prostíbulo y la literatura hispanoamericana actual”, *Revista chilena de Literatura*, N° 64, Santiago, abril 2004, p. 4.

²⁸ Ramón Staforelli, *Contribución al estudio de las enfermedades sociales. Estudio crítico del sistema de reglamentación de la prostitución en Santiago*, Tesis para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad de Chile, Imprenta Chile, Santiago, 1921, p. 19.

²⁹ Joaquín Edwards Bello, *El Roto*, p. 61.

preámbulo perfecto para la conquista y dominación de las mujeres que allí se vendían. En un acto de simulación de cortejo, como todo en el prostíbulo, los bailarines utilizaban la danza como retozo previo, pero necesario, para llegar a la unión carnal. Esta danza representaba la galante búsqueda del hombre hacia la mujer, con la consiguiente conquista de la misma. Con sus reminiscencias campesinas y coloniales, la cueca, en palabras de Edwards Bello

... es una alegoría sexual y sanguinaria de fusión guerrera de dos razas. Por eso se siente resonar el tambor de Castilla y el chivateo de Arauco; es la constante persecución del europeo a la india, que en la última figura de la danza se entrega bajando los ojos, simulando hasta el último una resistencia desganada y silvestre³⁰.

Fuera del espacio de la remolienda, la vida cotidiana transcurría de manera muy similar a cualquier otra casa de vecino. Las novelas representan la vida prostibularia, como una gran familia, siendo ésta reflejo de otros escenarios sociales, en algunos casos muy similar a la hacienda rural. La Regenta, generalmente una vieja prostituta, se comportaba como dueña de casa protectora de su prole, a la que cuidaba y vigilaba en post de las ganancias que estas le suministraban, Joaquín Edwards Bello lo relata así,

Eran las doce y media. En el patio las niñas a medio vestir, charlaban alrededor de una mesa colocada bajo las zahúrdas de la tísica. Era la hora del almuerzo. La criada traía de la cocinería cercana en negras ollas, los guisos que ella misma serviría con un cucharón. El primer plato era generalmente una carbonada – carne picada con cebollas y papas hervidas en un caldo grasiento. La señora Rosa, Clorinda, Fernando y “El Pescante”, hacían añadir “huevos caídos”. Después venía un plato de choncho con porotos o arroz; los domingos y en los días de Dieciocho servían la famosa cazuela de gallina o el sabroso valdiviano. Bebían cerveza y finalmente un café ordinario, negro como tinta³¹.

Sin embargo, debemos declarar, que el sistema de relaciones sociales también se normalizó al interior de los prostíbulos³². En el burdel, a micro escala, también se estructuraron relaciones sociales jerarquizadas, donde las prostitutas más jóvenes y hermosas tenían una situación de privilegio frente a las otras,

³⁰ *Ibíd.* p. 61.

³¹ *Ibíd.* p. 32.

³² Jorge Arnao Marciani, “Prostitución adolescente, consumo y microcomercialización de drogas”, *Factores de riesgo y protección en el consumo de drogas en la juventud*, Centro de Ediciones de CEDRO, Perú, 2002.

Julia es la más solicitada. Es bonita y la patrona no la riñe cuando regresa de sus escapadas... a los quince fue criada de casa grande; se rozó con jovencitas lindas y graciosas de la plutocracia y esto le dio cierto barniz que la distingue de sus compañeras, herméticamente cerradas a los encantos femeniles³³.

Las prostitutas viejas, gordas o enfermas, las menos atractivas para la clientela, y por ende, las menos productivas del burdel, ocupaban espacios periféricos de la casa, casi siempre hacinadas en pobres dormitorios sin ventilación,

Sólo unas horas más tarde vinieron a notar su ausencia, porque ocupaba el último cuarto, cerca de la cocina, donde los clientes llegaban sólo en casos extremos. La Vieja Linda la mantenía en su casa más bien por gratitud³⁴.

Aquellas que no tenían la suerte de contar con la preferencia de la clientela, debían resignarse a lo que fuese, con tal de no terminar en la calle, cesantes y sin medios para subsistir. Lo mismo ocurría con aquellas que iban envejeciendo y no conocían otra vida más que la del burdel, muchas de ellas trataban por todos los medios de no separarse de ese espacio que les había dado la posibilidad de ganarse la vida,

Cuando joven triunfó en los salones de las calles Eleuterio Ramírez, Cóndor, Aldunate. Enferma del mal de todas, cayó en la casa de tres a cuatro que hay en San Pablo, Meiggs. Quisieron despedirla por inútil, por vieja. Pero ella se obstinó en hacer el papel de características, un papelito cualquiera con tal de no irse a la calle a mendigar³⁵.

Finalmente, los prostíbulos, incapaces de seguir el ritmo del progreso tenderán a desaparecer, dando espacio a otras formas de prostitución, las que encontrarán nuevos caminos para el comercio sexual, como lo fueron los cabarets, casas de citas, moteles y *nigh clubs* de caballeros. Esto ocurre porque en una sociedad cada vez más modernizada, con ciudades más pobladas, y gente más ocupada, las relaciones de sociabilidad tienden a disolverse rápidamente, *el tiempo es oro*, esa es la premisa de la nueva sociedad industrial y moderna. Por lo tanto la clientela masculina, ya no busca ir de fiesta todas las noches y toda la noche al mismo lugar, no existe tiempo para entablar intimidad con las prostitutas, se busca una relación sexual rápida,

³³ Joaquín Edwards Bello, *El Roto*, p. 25.

³⁴ Oscar Castro, *La vida simplemente*, p. 60.

³⁵ Alberto Romero, *La vida del conventillo*, Editorial Quimantú, Santiago, 1973, p. 48.

furtiva, donde el preámbulo del baile y la fiesta, con la cueca incluida del antiguo lupanar, fue quedando obsoleta.

3. La prostituta. De súcubo a mujer caída

La imagen de la prostituta, personaje central en el mundo del meretricio, sufrirá transformaciones en su tránsito por el moderno siglo XX; rasgos de tradición y modernidad se encontrarán anclados en su perfil, siendo, además, utilizada por la ciencia médica y los escritores como representante del arquetipo del ánima femenina y del arquetipo materno, ambos, como todos los arquetipos, con fases positivas y negativas, encarnando la prostituta en su recorrido histórico, ambivalentemente, esas dos dimensiones.

Al comenzar nuestro estudio, pudimos percibir que la prostituta, cual afrenta a la moral, resultaba ser siempre una mujer peligrosa, porque hacía tambalear con su sola existencia todo el sistema moral y valórico de una sociedad caracterizada por enaltecer las virtudes burguesas y católicas. Marta Lamas, lo expresa de la siguiente forma,

Las prostitutas son simbolizadas como el mal, el pecado o la escoria social. La doble moral sexual imperante establece una división entre las mujeres decentes y las putas, estigmatizando a éstas últimas³⁶.

Las mujeres decentes serán representadas bajo el arquetipo de la Madre, en su dimensión positiva, siendo ésta baluarte de cualidades como la fertilidad, la virtud, la decencia, la bondad, el sustento, el hogar, la protección, la verdad y la pureza. El arquetipo de la madre, así representado, está muy cercano a la imagen religiosa occidental de María, madre de Dios, “... la mujer emblemática: ese ideal de la mujer virginal, angelical, esposa obediente y madre prolífica del discurso liberal”³⁷.

Por lo que toda mujer decente debía aspirar a la semejanza de dicho arquetipo. En las novelas, este arquetipo está representado por la madre de *Roberto*, protagonista de la *Vida Simplemente*; *Clorinda*, la madre de *Esmeraldo* en *El Roto*; *Catalina*, la madre de *Juana* en *Juana Lucero*; *Eufrasia Morales* en *La viuda del conventillo*; la madre de *Enrique* en *La sangre y la esperanza*;

³⁶ Marta Lamas, “El fulgor de la noche: algunos aspectos de la prostitución callejera en la ciudad de México”, *Revista Debate Feminista*, Año 4, volumen 8, México, 1993, p. 103.

³⁷ Jorge O. Andrade, “Entre la santidad y la prostitución: la mujer en la novela ecuatoriana en el cruce de los siglos XIX y XX”, *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, Num. 28, Quito, mayo 2007, p. 42.

Margarita y Paula en *Vidas Mínimas*; e *Inés* en *Los hombres oscuros*. Todas ellas, excepto Margarita e Inés, comparten la virtud de ser madres abnegadas, perfectas representaciones del arquetipo de la madre. Por su parte Margarita e Inés, si bien no son madres, representan la virginidad y el honor femenino.

En virtud de los roles de género y los arquetipos que los representan, existió una diferenciación espacial importante con respecto a los lugares o espacios asignados a las mujeres en la literatura y en la sociedad, diferenciación que va de la mano con la teoría de la esferas separadas, donde las mujeres decentes deben apartarse de participar en el espacio público, espacio por definición masculino, y preocuparse de “reinar” en los espacios domésticos consagrados a la familia o a Dios, “el hogar para la madre, el convento para la virgen no madre, el prostíbulo para la prostituta y el cielo para la virgen-madre de Dios.”³⁸

Esta segmentación de los espacios según el género, estará amparada en los postulados de la ciencia médica, la que de acuerdo a la teoría darwiniana de las especies, asignaba roles “naturales” a hombres y mujeres de acuerdo a su sexualidad, sosteniendo la inferioridad biológica de la mujer, “Es así como, de acuerdo a la naturaleza de su sexo, la mujer estaba preparada para asumir de manera más natural el papel de esposa, madre, defensora de la fe y de la familia.”³⁹

Toda mujer que traspasase los muros de su hogar, podía ser brutalmente condenada y estigmatizada, inclusive las trabajadoras, las obreras de fábricas, quienes por el solo hecho de incorporarse a un espacio masculino, corrían el serio riesgo de perder su único y más grande tesoro, el honor femenino. Óscar Castro representa en *Lucinda*, tímida muchacha de un cité que debe salir a trabajar para mantener a su madre enferma, los riesgos y la deshonra a la que estaban expuestas las trabajadoras,

- ¿Usted es la madre de la menor... Lucinda Zapata?
- Sí – contestó la mujer, echando hacía adelante la cabeza, como si agrediera -. Sí, yo soy. ¿Por qué?...
- Porque esta mañana la pescaron entre cuatro en un pajar de la calle Zañartu. Ahora está en el hospital...

³⁸ María de los Ángeles González, “Amor, erotismo y prostitución”, p. 68.

³⁹ Claudia Araya Ibacache, “Construcción de una imagen femenina a través del discurso médico ilustrado. Chile en el siglo XIX”, *Revista Historia*, núm. 39, vol. I, Pontificia Universidad Católica de Chile, Enero-junio 2006, p. 6.

- Cuando iba para el trabajo – siguió diciendo el hombre de autoridad, sobrecogido a su pesar por el espectáculo – le salieron el Chamango, el Tuna y otros dos más y la arrastraron a un sitio eriazo donde queda el pajar⁴⁰.

Sólo la maternidad podrá purificar la imagen de estas mujeres y rescatarlas de la inevitable caída, como es el caso de *Lucinda* en *La vida simplemente*, la que al quedar embarazada después de la violación, es purificada del agravio que ha sufrido por medio de la maternidad, “La máxima pureza, el camino de la santidad, es la posesión de la prostituta que redimirá su “vientre mancillado” gracias a la maternidad.⁴¹

En las novelas, son los propios personajes quienes realizan una diferenciación entre mujer buena y mujer mala, siendo la mujer mala representada casi siempre por aquella que ha perdido los atributos positivos del arquetipo materno,

El maestro Evaristo sorprende al otro milico sobajeando los muslos desnudos de su mujer. Suenan un golpe dado en plena cara del milico-
-¡Qué te figurai, mierda! ...; Toma, mi mujer no es puta!⁴²

Esta dicotomía entre mujer buena y mujer mala, impuesta por la sociedad patriarcal, garantizaba al hombre una lugar privilegiado con respecto a los dos modelos de feminidad existentes, ya que la mujer buena dependía, en el plano económico y legal, casi totalmente del hombre (padre o esposo), al que le debía, además, obediencia y respeto; por su parte, la mujer mala, la prostituta, si bien vulnera el rol y los espacios asignados a la mujer decente, de igual forma establece una relación de dependencia económica con los hombres, quienes también la subordinan y circunscriben, por la vía económica, a un rol erótico, estableciendo criterios diferenciadores estigmatizantes sobre su persona,

... con ambos tipos se establece una relación jerárquica de dependencia. La prostituta y la madre están vinculadas al varón mediante una relación de subordinación psicológica y económica. Este sistema de relacionamiento social pone al hombre a salvo del temor a la confrontación con la mujer como “otra” con iguales necesidades o deseos⁴³.

⁴⁰ Oscar Castro, *La vida simplemente*, p. 65.

⁴¹ María de los Ángeles González, “Amor, erotismo y prostitución”, p. 76.

⁴² Nicomedes Guzmán, *Los hombres oscuros*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1961, p. 46.

⁴³ María de los Ángeles González, “Amor, erotismo y prostitución”, p. 68.

Dolores Juliano, es muy asertiva en señalar que será la discriminación, uno de los principales dispositivos sociales que sentará las bases para que se “ *ejerza violencia, simbólica y material, sobre estas mujeres*”.⁴⁴ En esta misma línea, Marta Lamas señala que, además, de la evidente violencia física y material que sufren las prostitutas, existe otro tipo de violencia en su contra, que es la discriminación y el estigma, designado como “*violencia simbólica*”⁴⁵, la que se encuentra intensamente fijada en los discursos, prácticas y representaciones de la sociedad patriarcal. En esta lógica de las cosas, se puede comprender por qué será la prostituta la única que sufra el estigma social de su ocupación, siendo el cliente absuelto de toda responsabilidad respecto a un acto que no puede realizarse si no es de a dos. Las representaciones sociales respecto de este tema son antiguas, ancladas en categorías históricas que representan a la sensualidad de la mujer como la responsable de la perdición del hombre,

La ondina es un grado aun más instintivo de un ser femenino que denominamos anima. Hay también sirenas, melusinas, dríades, Gracias e hijas del rey de los alisios, lamias y súcubos, que seducen a los jóvenes y les quitan hasta la última gota de vida⁴⁶.

La seducción juega aquí un rol fundamental, ya que el hombre, privado de razón y arrastrado por sus más bajos instintos, no se podría resistir de caer en la trampa que estas perversas mujeres le tienden, siendo él identificado como víctima y la prostituta como victimaria. Jung lo denomina “*fantasía erótica*”, aquel instinto del inconsciente que arrastra a los hombres a la perdición, y del que se cuelga la prostituta para lograr sus objetivos,

Una inquietante gracia de antaño se llama hoy “*fantasía erótica*”, y complica penosamente nuestra vida anímica. Nos sale al encuentro como una ondina; es además como un súcubo; tiene muchas figuras y se transforma como una bruja y muestra una insoportable autonomía, impropia de un contenido psíquico. A veces provoca fascinaciones, que pueden hacer frente al mejor exorcismo, y estados de angustia, más tensos que los que cualquier aparición del diablo podría causar⁴⁷.

⁴⁴ Dolores Juliano, “El trabajo sexual en la mira: polémicas y estereotipos”, *Cad. Pagu* [online], 2005, n.25 [citado 03-04-2011], pp. 79-106. Véase: «http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-83332005000200004&lng=en&nrm=iso». ISSN 0104-8333.

⁴⁵ Marta Lamas, “El fulgor de la noche”, p. 105

⁴⁶ Carl Jung, *Arquetipos e inconsciente colectivo*, p. 31

⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 31 – 32.

El poder, mediante la ciencia médica, se encargará de representar a la prostituta por medio del aspecto negativo del arquetipo de la madre, siendo ésta una amenaza latente para la familia y el matrimonio, instituciones que actuarán como anclas de la unidad nacional. Esta amenaza, como ya señalamos en el Capítulo 1, no es sólo moral, la mayor preocupación es higiénica, por la transmisión de la sífilis. Una de las principales imágenes que se asocian a la prostituta es la de la bruja, mujer que pertenece al mundo de lo nocturno, erótico e irreflexivo. La preponderancia de lo instintivo y lo inconsciente, llevarán a considerar a la prostituta “... como figura literaria (que) representa esa zona fronteriza entre el orden social y el desorden instintivo”⁴⁸.

Sus energías, ancladas fuera de lo racional, se alimentan de la sexualidad de los otros, a los que hechiza y devora con su magia. Esta será la fiel representación de todo lo que simboliza peligro para la integridad humana, lo prohibido, y todo aquello que va en contra de la autoridad ilustrada y religiosa. Reuniéndose en aquelarre, el prostíbulo facilitará el espacio para que estas mujeres practiquen sus ritos y conjuros sobre sus víctimas. Jung ejemplifica este aspecto negativo del arquetipo materno con el siguiente ejemplo,

... la bruja, el dragón (todo animal que devora o envuelve a sus víctimas en un abrazo, como un gran pez o la serpiente, la tumba, el sarcófago, la profundidad de las aguas, la muerte, el fantasma nocturno y el cuco (tipo Empusa, Lilith, etcétera)⁴⁹.

Al ser la prostitución un tabú social, estará además vinculada a todo aquello que represente lo prohibido, “... lo secreto, lo oculto, lo sombrío, el abismo, el mundo de los muertos, lo que devora, seduce y envenena, lo que provoca miedo y no permite evasión”⁵⁰.

La “ausencia” del instinto materno, sumado a los estragos que causaba la sífilis en la sociedad chilena, llevará a que la sexualidad de la prostituta se considere constituida por la infertilidad, la enfermedad y la muerte, aspectos que serán simbolizados por un útero deletéreo, el que en vez de engendrar vida, transmitirá la muerte. En 1919, con respecto a la prohibición de niños y menores de edad en los burdeles, el Dr. Francisco Landa señalaba la

⁴⁸ María de los Ángeles González, “Amor, erotismo y prostitución”, *Op.cit.*, p. 70.

⁴⁹ Carl Jung, *Arquetipos e inconsciente colectivo*, *Op.cit.*, p. 75.

⁵⁰ *Ibíd.*, p.75.

incompatibilidad moral entre las funciones maternas y prostibularias, “O madre o prostituta, pues hay incompatibilidad moral entre las funciones de una y de la otra”⁵¹.

En *Juana Lucero*, se evidencia que esta “ausencia” de instinto materno, está más bien vinculado a las necesidades del medio laboral de la prostituta que a sus propios “instintos”. El aborto, surge más bien como una necesidad impuesta desde arriba, para seguir ejerciendo el oficio. Sin métodos anticonceptivos efectivos, el cuerpo de la prostituta quedaba a merced del ciclo biológico de la ovulación, por lo que suponemos que, repetidamente, por iniciativa propia o presionada por la regenta del burdel, debía recurrir a los abortos, lo que a la larga se traduciría en un útero incapaz de engendrar vida. Augusto D’Halmar narra el aborto de *Juana* dentro de un escenario que revela ocultismo, magia, en definitiva, aquelarre de brujas para hacer sus conjuros y hechizos,

Tan solo el aire misterioso de los sirvientes (todas mujeres) y los tapujos de que se valían para introducir a las personas, daban ya mala espina, sobre la clase de asuntos que ventilaba Mme. Leticia Schulze de Rigault, profesora de obstetricia, recibida en las Facultades de Berlín y de París⁵².

Si bien *Madame Leticia*, la obstetra abortista, vinculaba formalmente sus conocimientos a la ciencia médica, en su discurso señalaba el uso de “remedios” naturales para abortar, o bien, alude al conocido aborto por raspado, llamando al utensilio que se introduce en el útero “varita maga” (cucharilla larga de bordes afilados o legra), “Me la deja unos días; ensayamos el azafrán y los baños calientes. Si no dieran resultado, ahí está la varita maga... ¡Oh! ¡Es cosa sencillísima y muy breve!”⁵³.

El aborto, como medida ilegítima de control de la natalidad en Chile, dejó varias víctimas, ya que al practicarse en la clandestinidad, las matronas abortistas daban pocas garantías de higiene y procedimientos médicos rigurosos a las mujeres afectadas. Según cifras aportadas por Asunción Lavrín⁵⁴, en 1936 cinco hospitales del país informaron que habían atendido 10.514 casos de aborto. En 1937 el Ministerio de Salud informó que de un total de 57.049 mujeres que se internaron en maternidades públicas, 13.351 (24%) fue por

⁵¹ Francisco Landa, “Sobre reglamentación de la prostitución”. *Observaciones que el Rejidor don José D. Gajardo hace al Proyecto de reforma del actual Reglamento de Casas de Tolerancia*, presentado por el Doctor don Francisco Landa Z. a la I. Municipalidad. Librería e Imprenta “Artes y Letras”, Santiago de Chile, Estado Núm. 48, 1919, p. 24.

⁵² Augusto D’Halmar, *Juana Lucero*, Prólogo de Hernán del Solar, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1998, p. 240.

⁵³ Augusto D’Halmar, *Juana Lucero*, p. 205.

⁵⁴ Asunción Lavrín, *Mujeres, Feminismo y Cambio Social en Argentina, Chile y Uruguay 1890 – 1940*, Colección Sociedad y Cultura, Centro de Investigaciones Diego Barras Arana. DIBAM, Santiago, 2005, p. 239.

complicaciones de abortos mal hechos; en el mismo año, el hospital San Borja informó que el 36,7% de las muertes se debieron a abortos clandestinos. No sería de extrañar que dentro de estas cifras hubiese un elevado número de prostitutas intentando desembarazarse para mantener su fuente laboral, lamentablemente las estadísticas no nos ofrecen dicho dato, pero no es difícil de suponer considerando las condiciones de vida y de trabajo de estas mujeres.

Luís Prunés, señala que por medio de sus investigaciones con prostitutas, pudo identificar que la prostitución y la maternidad no eran funciones incompatibles biológicamente y, que en Chile, la práctica del aborto no era tan amplia como en otros países, por lo que pudo comprobar que

“Un 39.49% de las prostitutas ha tenido hijos. El 100% son ilegítimos. El 10% tiene más de un hijo, “datos que están en contradicción con la idea generalizada de que las prostitutas son infecundas”... “Además, la madre chilena, no se provoca abortos tan frecuentemente como las extranjeras”⁵⁵.

Entonces, y según el Dr. Prunés, una maternidad anticipada y fuera del matrimonio, era un camino seguro a la prostitución, “A una hija soltera, que da a luz, se le arroja del hogar. Esta historia es corriente entre las prostitutas. En seguida, la situación económica se encarga de hacer lo demás”⁵⁶.

La prostituta continuó siendo considerada como un ser dominado por su sexualidad y los instintos (en oposición a lo racional), por lo que será depositaria y representante de lo que toda sociedad quiere ocultar, lo que en la teoría jungiana estará asociado al arquetipo de la sombra, representando el lado negativo, sombrío y salvaje de la sociedad. Se considerará que la prostituta, ser irracional e instintivo por definición, estará más cerca del reino animal que del de los humanos civilizados, siendo por tanto, inconsciente de sus actos, lo que le otorgará a su vez, cierta dispensa con respecto a la responsabilidad de las acciones que ejecuta, ya que, al igual que los animales, actuaría por instinto.

Sumado a esto, la ciencia médica representará a la prostituta como una mujer descentrada, enferma, no sólo de sífilis, sino que además con un fuerte desequilibrio psicológico y emocional, lo que la hará incapaz de resistirse a sus impulsos biológicos. Su cuerpo y su mente quebrantados, representativos del arquetipo de la sombra, serán depositarios de todo lo indeseado por la sociedad, en ellos descansarán pecados como la

⁵⁵ Luis Prunés, *La prostitución*, p. 103.

⁵⁶ Luis Prunés, *La prostitución*, p. 43.

fornicación, el adulterio, el incesto, la sodomía, el alcoholismo y la sífilis. Además, para el imaginario social de comienzos del siglo XX, la mujer aún mantiene una

... antigua alianza con el demonio. En cualquier momento puede precipitarse en el pecado, zozobrar en la histeria o la ninfomanía: la lava hirviendo que lleva dentro puede despertarse y desbordar sin ninguna contención⁵⁷.

Ramón Staforelli, connotando los defectos del carácter y personalidad de la prostituta, cita al médico inglés Havelock Ellis, que en su libro *Psicología sexual* señala que el gran número de prostitutas que anteriormente fue sirvienta se debe a la similitud que existe entre los dos oficios, “... es perezosa [dice refiriéndose a las criadas], ávida de placeres, mentirosa, fácilmente sugestionable, derrochadora, aficionada a la bebida, imprevisora y generalmente desprovista de sentido moral”⁵⁸. Según Staforelli, esta teoría de Ellis explicaría el gran número de ex sirvientas que se dedican a la prostitución. Por su parte Carlos Westphal señala que

... las esclavas blancas que constituyen a la casa de diversión, casa inscrita en la Municipalidad, son constituidas en una fracción considerable por mujeres psíquico patológicas, por degeneradas, por hijas de alcohólicos, o de progenitores con enfermedades sociales, las que por su mal hereditario, por su cerebro degenerado, son seres enfermos, de difícilísima o nula curación⁵⁹.

Estos seres enfermos, maléficos, instintivos y degenerados, en el enfoque de la ciencia eugenésica no tendrán cura, ya que su degeneramiento sería genético y, no un problema de origen social que se pudiera abordar. Usando estos argumentos, la medicina se valdrá de la ciencia y los arquetipos para penetrar en el imaginario social y tratar de torcer los veredictos a su favor.

Por su parte los escritores, si bien reconocerán en la prostituta un ser vicioso, también reconocen en ella algunas virtudes cardinales que los médicos, con anterioridad a la década de 1920, no llegan a ver o simplemente le restan importancia, como el hecho de que todas fueron muchachas sanas y puras que aspiraron a otro tipo de vida, pero que el destino, trágicamente,

⁵⁷ Alain Corbin, “El tiempo de las pavotas y los burdeles”, *La más bella historia del amor*, Dominique Simonnet Editora, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004, p. 100.

⁵⁸ Ramón Staforelli, *Contribución al estudio de las enfermedades sociales. Estudio crítico del sistema de reglamentación de la prostitución en Santiago*, Tesis para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad de Chile, Imprenta Chile, Santiago, 1921, p. 38.

⁵⁹ Carlos Westphal Thurston, “Concepto científico moderno de la esclavitud blanca”, *Folleto N° 15 Liga Chilena de Higiene Social*, Santiago, 1919, p. 2.

las llevó donde están, sin haberlo ellas planificado de esa forma. Los escritores, también utilizarán el arquetipo de la madre en su dimensión oscura para representar a las féminas del burdel, pero no en cuanto a ser demoníaco que devora la vida de todos aquellos que salen a su encuentro, sino más bien, lo utilizarán al alero del arquetipo de la *mujer caída*, aquella que aspiró a ser santa, madre o pura, pero que arrastrada por la conspiración capitalista del siglo XX y los designios de la sociedad patriarcal, sólo llegó a ser una más del ejército de prostitutas reclutadas regularmente por la ciudad. Su salvación, su humanización literaria, recae precisamente en ese pasado memorable, donde su honor y su virtud aún estaban incólumes, y donde ellas mismas siempre desean regresar. En el futuro, éstas sólo podrán ser redimidas por medio de la maternidad, el amor o la muerte.

En contraposición a los postulados médicos, y sociales en general, el arquetipo de la *mujer caída* utilizado en las novelas de la época, tiende a victimizar a las prostitutas, las que caerían producto del nuevo sistema económico imperante que las empuja a la prostitución, siendo esta una consecuencia “indeseada” del progreso de la nación. Juan Armando Epple, en su comentario del libro *Santa*, escrito por el mexicano Federico Gamboa en la misma época de *Juana Lucero* de D’Halmar, señala que son los sucesos por los que deben pasar la mujeres que llegan del campo a la gran ciudad en busca de trabajo, los que logran inscribir a este tipo femenino en el arquetipo de *mujer caída*,

En *Santa* la peripecia de la muchacha campesina como naturaleza victimizada se inscribe con propiedad en el arquetipo nacional de “mujer caída”: es la representación ideológicamente actualizada del ethos natural (tierra, madre patria, energía productiva, lengua, deseo subliminal), materia prima cosificada en las nuevas relaciones de producción y diferenciación social, comodificación que a la vez se repele moralmente y se justifica como una consecuencia paradójica al desarrollo positivista de la nación⁶⁰.

Este recorrido arquetípico hacia el abismo, tiene varias aristas que vale la pena analizar aquí, ya que, como todo arquetipo, le imprime al camino hacia la prostitución un modelo o patrón que se repite de manera similar en todas las novelas.

El primer paso es la pérdida de la virginidad. Éste será un factor que aparte a muchas mujeres del matrimonio, siendo su destino, o fatalidad, volverse prostitutas, ya que en palabras de Anne-Marie Sohn, los varones de las nuevas sociedades burguesas concedían una gran

⁶⁰ Juan Armando Epple, “De Santa a Mariana: La Ciudad de México como utopía traicionada”, *Revista Chilena de Literatura*, Número 54, Santiago, 1999, p. 39.

importancia a la virginidad femenina, por lo tanto, éstos siempre deseaban que su esposa fuese una mujer inmaculada, cualquier mujer deshonrada quedaba, de esta forma, fuera del mercado matrimonial⁶¹, “El hombre, por instinto o por costumbre, conoce cuándo una mujer es honrada, es decir, intacta, y cuándo no lo es.”⁶² La honra femenina era “el” gran valor que tenían las muchachas, sobre todo las del arrabal, que no podían aspirar a nada mejor que casarse,

-¡Estás deshonrada! ¿Lo oyes? ¡Deshonrada! No vales para nada. Has perdido lo mejor que tiene una niña—. Y, finalmente, con brutalidad—: No te quiero más en casa; te irás a la Corrección⁶³.

Muchas de las prostitutas fueron con anterioridad sirvientas de casa grande (ya lo habían evidenciado los médicos higienistas) y muchas de ellas, como el caso de *Juana Lucero*, o de *Julia* en *El Roto*, perdieron su virginidad con el dueño de casa o su hijo, los que después de haber saciado su deseo con la joven sirvienta, expulsaban a las muchachas fuera del hogar. La pérdida de la honra, vendrá acompañada del segundo paso fatal hacia la prostitución, la expulsión del trabajo o de la familia, “... entre las asiladas sometidas a encuesta, había un 8.91% que fueron expulsadas del hogar por sus padres o sus parientes guardadores”⁶⁴.

Frente al exilio familiar o laboral, estas mujeres buscarán refugio en la gran metrópoli, en algún oficio como lavanderas, sirvientas, planchadoras, obreras de fábrica. Pero el trabajo no alcanzaba para todas y los sueldos no cubrían las necesidades mínimas de subsistencia, es por ello que muchas optaron o se vieron obligadas a prostituirse, empujándolas al tercer paso en su caída, la prostitución clandestina; para finalmente, y después de todo este recorrido, terminar asiladas en un prostíbulo que les ofrecía comida y una casa donde vivir, mucho más de lo que ellas podrían haber aspirado con un sueldo de obrera. *Juana Lucero*, expresa claramente este recorrido arquetípico del tránsito a la caída en la prostitución, en síntesis, esto se reduce a que en un principio, cuando aún vivía con su madre era llamada por ésta *Purisimita*, y posteriormente, en el prostíbulo será llamada como *Naná*, en honor al personaje de la famosa prostituta de Zolá.

⁶¹ Anne-Marie Sohn, “Los Años Locos. En adelante hay que agradar”, *La más bella historia del amor*, Dominique Simonnet Editora, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004, p. 123.

⁶² Manuel Rojas, *El delincuente, el vaso de leche, el colo colo y otros cuentos*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1993, p. 130

⁶³ Joaquín Edwards Bello, *El Roto*, p. 98.

⁶⁴ Humberto Reyes, *La Prostitución*, p. 101.

Este recorrido arquetípico finalizará con la expiración de la vida de la prostituta, la que sólo es redimida en los textos literarios por medio de la muerte, que vendrá a limpiarlas del pecado y a liberarlas del sufrimiento que han padecido en esta existencia, así lo plantea D'Halmar en el prólogo de *Juana Lucero*, “Siervos nacen y su libertad la recuperan al perder la vida, porque la más justiciera redentora de almas cautivas es, sin dudarlo, la piadosa muerte”⁶⁵.

En las novelas, no es el amor o la maternidad lo que redime a estas mujeres, sino que es el perdón de un Dios bondadoso, sólo él es capaz de absolver a esas almas en pena de su desviación moral y espiritual,

-Lavabis me Domine, el super nivem de albor!

-La anciana vuelve á quedar virgen de alma, como al venir á la tierra. Es una paloma desertora, que después de manchar su plumaje en todas las impurezas, se ha lavado en la fuente de la gracia, y emprende el regreso, alba, casta, inmaculada, hacia el palomar lejano⁶⁶.

Por lo tanto, la redención para la prostituta no es de este mundo, ésta viene, necesariamente, de un ser superior no terrenal, ya que en la tierra, los mismos hombres que las han condenado a caer en desgracia, son aquellos que las juzgan y apuntan con el dedo,

La impresión que dejaba la muerte podía condensarse en la frase vaga, hecha de miedo primitivo y fatalismo, que repetía Rosalinda, cada minuto, en un suspiro prolongado: - Harto que sufrimos aquí pa que Dios la condene⁶⁷.

Joaquín Edwards Bello llamará a la muerte de las prostitutas, trágica, solitaria, sufriente y en la más absoluta miseria material “el epilogo inevitable de esas vidas”⁶⁸, morir como se vivió, en medio de la ruina y del sufrimiento. Sólo las demás prostitutas daban crédito a la muerte de una de las suyas. Agradeciendo que las autoridades les permitieran velar a las difuntas en el prostíbulo y que no fueran depositadas directamente en la fosa común, estas mujeres demostraban su pudor y respeto por la muerte cerrando el prostíbulo a la clientela y guardando luto por la finada,

⁶⁵ Augusto D'halmar, *Juana Lucero*, Prólogo, p. 8.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 247.

⁶⁷ Joaquín Edwards Bello, *El Roto*, p.117.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 115.

Esa noche, la puerta permaneció entornada y el Sacristán inflexiblemente, fue despidiendo a todos los clientes que llegaban. Ninguna de las niñas trabajaría esa noche. Nadie, ni con amenazas ni con dinero, habría conseguido que profanasen el sueño de su compañera muerta⁶⁹.

El cuerpo de la prostituta, la carne ardiente con la que se ganaba la vida, aquella mercancía viva, depositaria del placer, perdía toda su breve humanidad con el último soplo de vida, los restos inertes eran sólo el testimonio y la síntesis de lo que esa vida había significado,

Cansada de espantar moscas, se limpió el sudor y vio que la muerta se ponía negra. Los ojos quedaron bien cerrados. El verano, que intensifica la llama de la vida, precipitaba la obra de la evolución llevando a esa faz descompuesta una mueca de dolor extrahumano⁷⁰.

Esta es una muerte anónima, sin pompa ni reconocimiento social. Apenas algunos familiares de la difunta se acercaban al velatorio, primera y única oportunidad en que eran vistos en el prostíbulo y donde, por primera vez, reconocían algún parentesco con la afectada. La marginalidad de la muerte es sinónimo de la marginalidad en la vida de las meretrices, del abandono social del que son víctimas, de la miseria material que impone el sistema a los menos afortunados en vida, del nulo reconocimiento de la calidad humana de aquellas que se dedican a vender su cuerpo. Oscar Castro relata cómo en el velatorio de *Laura*, llegan clientes al prostíbulo exigiendo ser atendidos, ante la negativa de la regenta, se genera una situación bastante violenta, que la dueña tiene que resolver a balazos para desalojar a los intrusos,

Pero ¿no has visto que estamos de velorio, no les ha dicho el Menegildo?

Sí, pero la muerta será una... ¿Y las demás, y las demás, a ver? ¿Tienen muerta la...? - ¡Cállate, desgraciado! - clamó la Vieja-. Cállate y respeta siquiera a la muerte, porque vos también soi hijo de mujer y un día se te va a morir tu esposa o tu hija⁷¹.

En este caso, la muerte de la prostituta vendrá a reflejar el orden social al que ésta estaba sometida, un orden social que también es simbólico, donde la prostituta es considerada un “cuerpo desechable” carente de propiedades humanas y transable en el mercado. Por ello el resto de la sociedad no concede importancia a la muerte de estas mujeres, porque al ser

⁶⁹ Oscar Castro, *La vida simplemente*, p. 61.

⁷⁰ Joaquín Edwards Bello, *El Roto*, p.119.

⁷¹ Oscar Castro, *La vida simplemente*, p. 62.

consideradas entes descartables, rápidamente serían reemplazadas por otras, y así ocurriría hasta el fin de los tiempos, lo mismo que ocurría con la mercancía en el sistema capitalista.

El abuso del alcohol, la vida nocturna, el sexo sin protección, en fin, los excesos en general, pasarán la cuenta a estas mujeres de vida airada, siendo su destino en las novelas morir como vivieron, trágicamente y, generalmente, a raíz de una enfermedad, como la sífilis o la tuberculosis, donde su cuerpo representará la fatiga social de toda la corrupción y podredumbre que la sociedad había depositado en ellas. En palabras de Federico Gamboa, el cuerpo de la prostituta no es sino un “pobre cuerpo magullado y marchito por la concupiscencia bestial de toda una metrópolis viciosa”⁷².

Este tránsito de la humilde muchacha virgen que se entrega al patrón, proletario o seductor burgués, y que termina convertida en prostituta, es arquetípico por cuanto representa la transición de la mentalidad nacional desde la subyugación de la conquista española y de colonia ancestral, a la de la industrialización y capitalismo feroz; ambas, imprimirán su particular sello de opresión en el pueblo chileno y en su imaginario, donde la prostituta, cual indígena subyugada u obrera explotada, se entregará irremediable y forzosamente al imperialismo capitalista.

⁷² Federico Gamboa, *Santa*, Editorial Grijalbo, México DF, 1997, p.70

Bibliografía

1. Fuentes:

Landa, Francisco, “Sobre reglamentación de la prostitución”. *Observaciones que el Rejidor don José D. Gajardo hace al Proyecto de reforma del actual Reglamento de Casas de Tolerancia*, presentado por el Doctor don Francisco Landa Z. a la I. Municipalidad. Librería e Imprenta “Artes y Letras”, Santiago de Chile, Estado Núm. 48, 1919

Liga Chilena de Higiene Social, *Memoria de la Liga Chilena de Higiene Social sobre el problema de la Esclavitud Blanca en relación con el título IV del Nuevo Código Sanitario de Chile*, Ediciones Liga Chilena de Higiene Social, Santiago de Chile, Bandera 166. 2º serie, Volante 9 – 1 edición. Enero de 1926.

Prunés, Luis, *La Prostitución. Evolución de su concepto hasta nuestros días. El Neo Abolicionismo frente al nuevo Código Sanitario de Chile*, Publicación de la Liga Chilena de Higiene Social. Imprenta Universo, Santiago de Chile, 1926

Reyes, Humberto, *La Prostitución. Contribución a su estudio relacionado con el servicio de Carabineros*, Instituto Superior de Carabineros, Cátedra de Ciencia Policial. Imprenta Carabineros de Chile, Santiago, 1941

Staforelli, Ramón, *Contribución al estudio de las enfermedades sociales. Estudio crítico del sistema de reglamentación de la prostitución en Santiago*, Tesis para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad de Chile, Imprenta Chile, Santiago, 1921

Westpahl Thurtston, Carlos, “Concepto científico moderno de la esclavitud blanca”, *Folleto N° 15 Liga Chilena de Higiene Social*, Santiago, 1919

2. Bibliografía secundaria:

Andrade, Jorge, “Entre la santidad y la prostitución: la mujer en la novela ecuatoriana en el cruce de los siglos XIX y XX”, *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*. N° 28, Quito, mayo 2007

Araya Ibacache, Claudia, “Construcción de una imagen femenina a través del discurso médico ilustrado. Chile en el siglo XIX”, *Revista Historia*, N° 39, Vol. I, Pontificia Universidad Católica de Chile. Enero-junio 2006

Arnao Marciani, Jorge, “Prostitución adolescente, consumo y microcomercialización de drogas”, *Factores de riesgo y protección en el consumo de drogas en la juventud*. Centro de Ediciones de CEDRO, Perú, 2002

Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993.

Canovas, Rodrigo. *Sexualidad y cultura en la novela hispanoamericana*. La alegoría del prostíbulo. Editorial LOM, Santiago, 2003

Castoriadis, Cornelius. *Figuras de lo pensable (las encrucijadas del laberinto IV)*. Fondo de Cultura Económica, México, 2002

Castro, Oscar, *La vida simplemente*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 2009

Corbin, Alain, “El tiempo de las pavotas y los burdeles”, *La más bella historia del amor*. Dominique Simonnet Editora. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004

D’Halmar, Augusto, *Juana Lucero*, Prólogo de Hernán del Solar. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1998

Edwards Bello, Joaquín, *El Roto*, Editorial Universitaria, Santiago, 1995

Epple, Juan Armando, “De Santa a Mariana: La Ciudad de México como utopía traicionada”, *Revista Chilena de Literatura*, N° 54, Santiago, 1999

Gamboa, Federico, *Santa*, Editorial Grijalbo, México D.F., 1997

Góngora, Álvaro, *La prostitución en Santiago. 1813-1931: La visión de las élites*, Editorial Universitaria, Santiago, 1999

González, María de los Ángeles, “Amor, erotismo y prostitución en dos novelas uruguayas (Sombras sobre la tierra de Francisco Espínola y Eva Burgos de Enrique Amorim)”. *Fragments: revista de língua e literatura estrangeiras*, Florianópolis, N° 19, 2000

Guzmán, Nicomedes, *Los hombres oscuros*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1961

Hozven, Roberto, “Relaciones equívocas: el prostíbulo y la literatura hispanoamericana actual”. *Revista chilena de Literatura*, N° 64, Santiago, 2004

Jung, Carl, *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1970

Lamas, Marta, “El fulgor de la noche: algunos aspectos de la prostitución callejera en la ciudad de México”, *Revista Debate Feminista*, Año 4, volumen 8, México, 1993

Latchman, Ricardo, *Antología de varia lección*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1965

Lavrín, Asunción, *Mujeres, Feminismo y Cambio Social en Argentina, Chile y Uruguay 1890 – 1940*, Colección Sociedad y Cultura, Centro de Investigaciones Diego Barras Arana, DIBAM, Santiago, 2005

Peluffo, Ana, “Las trampas del naturalismo en Blanca Sol: prostitutas y costureras en el paisaje urbano de Mercedes Cabello de Carbonera”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima, N° 55, 2002

Rojas, Manuel, *El delincuente, el vaso de leche, el colo colo y otros cuentos*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1993

Romero, Alberto, *La mala estrella de Perucho González*, Editorial LOM, Santiago, 1997

Romero, Alberto, *La viuda del conventillo*, Editorial Quimantú, Santiago, 1973

Sohn, Anne-Marie, “Los Años Locos. En adelante hay que agradar”, *La más bella historia del amor*, Dominique Simonnet Editora, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004

3. Recursos Web:

Juliano, Dolores, “El trabajo sexual en la mira: polémicas y estereotipos”. *Cad. Pagu* [online]. 2005, n.25 pp. 79-106. <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-83332005000200004&lng=en&nrm=iso>. ISSN 0104-8333.